

terreno y cayó rodando conmigo en el fondo del precipicio. Ignoro lo que pasó despues de aquel momento de angustia; pero he aquí lo que luego me contó Jeque Ibrahim. Lleno de terror, apéose de su caballo y procuró distinguir la sima en que yo habia desaparecido, pero la noche era demasiado oscura, tanto que solo el ruido de mi caída le advirtió de ella, y nada vió mas que un negro abismo bajo sus piés; entonces se echó a llorar y empezó a suplicar a los guias que bajasen al precipicio; pero lo juzgaron impracticable en la oscuridad, y aseguraron ademas que era trabajo escusado, pues no solo debia yo haberme matado, mas debia haberme hecho pedazos en las puntas de las peñas; entonces declaró que no queria moverse de aquel sitio hasta que la luz del dia permitiese hacer nuevas pesquisas, y prometió cien talaris al que le trajese mi cuerpo, por mas mutilado que estuviese, no pudiendo, decia, consentir en dejarle para pasto de las fieras; luego se sentó en la orilla del abismo, aguardando, en una sombría desesperacion los primeros albos de la mañana.

Apenas amaneció, bajaron los cuatro hombres, no sin dificultad, y me hallaron sin sentido, colgado por la cintura, con la cabeza hácia abajo; la yegua yacia muerta a algunas toesas mas abajo, en el fondo del barranco. Diez heridas tenia yo en la cabeza, el brazo izquierdo enteramente descar-

nado; las costillas hundidas y las piernas desolladas hasta los huesos; cuando me tendieron à los piés de Jeque Ibrahim, no daba ninguna señal de vida; echóse sobre mí el buen viejo llorando; pero como tenia algunas nociones de medicina, y nunca viajaba sin llevar consigo un botiquin, no se abandonó mucho tiempo à un dolor estéril. Cercioróse primeramente, acercándome à la nariz no sé que espíritus, de que aun vivia, me puso con mucho tiempo sobre un camello, y volvió conmigo à la aldea El Habedin; entretanto mi cuerpo se hinchó prodigiosamente, sin dar otra señal de vida; el jeque del pueblo me hizo tender en un colchon y envió à buscar un cirujano à Homs. Nueve horas enteras estuve sin dar la menor señal de sensibilidad; al cabo de este tiempo abrí los ojos, sin tener ninguna percepcion de lo que pasaba en derredor de mí, ni el menor recuerdo de lo que habia sucedido: hallábame como bajo la influencia de un sueño, sin experimentar ningun dolor. Así estuve venticuatro horas, y no salí de aquel letargo sino para sufrir inauditos dolores; mas me hubiera valido cien veces quedarme en el fondo del precipicio.

Jeque Ibrahim no se separaba de mí un instante, y se deshacia en ofertas de recompensas al cirujano si lograba salvarme. Hacia este por su parte cuanto podia; pero no era muy hábil, y al cabo de treinta dias, mi situacion empeoró, en térmi-

nos que se temió la gangrena. El Drayhy vino á verme apenas tuvo noticia de mi desgracia, y tambien la lloró y ofreció ricos presentes al cirujano para activar su celo; pero en sus mayores extremos de afliccion por mí, no podia menos de lamentar la pérdida de su yegua Abaige, que era de pura sangre árabe, y valia diez mil piastras. Por lo demas, lo mismo que á Ibrahim, el dolor le ponía fuera de sí; ambos temian, no solo perderme, pues me querian de veras, sino tambien ver malograrse todas sus operaciones, de resultas de mi muerte. Procuré tranquilizarlos, diciéndoles que no creia morirme de aquella hecha; pero nada me anunciaba que estaria en situacion de viajar en mucho tiempo, aun dado que no sucumbiese.

Tuvo el Drayhy que despedirse de nosotros para continuar su emigracion hácia el Oriente, adonde iba á pasar el invierno. Jeque Ibrahim se desesperaba viéndome empeorar por dias; en fin, sabiendo que habia un cirujano mas hábil que el mio en El Dair Attié, le hizo llamar; pero se negó á venir, ecsigiendo que se llevase el enfermo a su casa: por consiguiente me hicieron una especie de litera lo mejor que se pudo, y me llevaron allá á riesgo de verme espirar en el camino. Aquel nuevo cirujano mudó enteramente los vendages de mis heridas, y las lavó con vino caliente; tres meses pasé en su casa, sufriendo un verdadero martirio, y echando

de menos mil veces la muerte de que habia escapado; luego me trasportaron á la aldea de Nabek, donde estuve en cama otros cinco meses. Solo al cabo de este tiempo empezó realmente mi convalecencia, y aun todavia tuve algunas recaidas; cuando veia un caballo, por ejemplo, perdia el color, y caia desmayado; este estado de irritacion nerviosa duró cerca de un mes. En fin, poco á poco logré vencerme en este punto; pero debo confesar que siempre me ha quedado un estremecimiento desagradable á la vista de ese animal, y que tengo hecho juramento de nunca montar á caballo sin una absoluta necesidad.

Mi enfermedad le costó cerca de quinientos talarís á Jeque Ibrahim; pero ¿cómo evaluar sus desvelos y paternales intenciones? seguramente le debo la vida.

Durante mi convalecencia supimos que nuestro amigo, el bajá de Damasco, habia sido reemplazado por otro, Soliman Selim, noticia que nos apesadumbró mucho, haciéndonos temer perder nuestro crédito entre los turcos.

Diez meses habian trascurrido, nos hallábamos en primavera, y aguardábamos con impaciencia la llegada de nuestros amigos los beduinos, cuando vino un correo a anunciarnos que se acercaban. Dimonos prisa a enviarle al Drayhy, que le dió muy buenas albricias por la nueva de mi restable-

cimiento, que tambien causó grande alegría en toda la tribu, donde me creían muerto hacia mucho tiempo. Todavía aguardamos algunos dias a que se acercase mas la tribu, y en ellos llegó a mi noticia una anécdota singular, y que me parece digna de referirse como estudio de costumbres.

Un tratante de la Anatolia, escoltado por cincuenta hombres, llevaba diez mil carneros para venderlos en Damasco. En el camino tomó conocimiento con tres beduinos, y se hizo muy amigo de uno de ellos; en el momento de separarse, este le propuso qué entablase fraternidad con él. No veía el tratante de que le serviría tener un hermano entre unos pobres beduinos, a él que se veía dueño de diez mil cabezas de ganado y escoltado por cincuenta hombres; pero como insistiese el beduino, llamado Chatti, consintió por desembarazarse de su importunidad, en darle dos piastras y un puñado de tabaco en prendas de fraternidad. Chatti repartió las dos piastras entre sus amigos, diciéndoles:

“Sed testigos de que este hombre es ya mi hermano.” Luego se separaron, y el tratante no volvió a acordarse de semejante fraternidad. Llegado que hubo a un sitio llamado Ain El Alak, una partida de beduinos, superior en número, atacó a su escolta, la derrotó, se apoderó de sus reses y le despojó enteramente, no dejándole mas que la camisa, con la que llegó á Damasco en la mayor mi-

seria, renegando de los beduinos y de su supuesto hermano Chatti, á quien acusaba de haberle vendido.

Difundióse entre tanto por el desierto la nueva de aquella rica presea, y llegó á oído de Chatti, quien despues de buscar á sus dos testigos, se presentó con ellos á Sultan el Brak, caudillo de la tribu El Amour, le declaró que era hermano del tratante robado, y le intimó que le hiciese justicia, á fin de que pudiese cumplir los deberes de la fraternidad. Sultan, recibida la deposicion de los dos testigos, tuvo que acompañar á Chatti á la tienda del caudillo de la tribu El Nahimen, que se había apoderado de las reses, y que reclamárselas con arreglo á sus leyes. No tuyo el jeque mas arbitrio que devolvérselas, y Chatti, despues de haberse cerciorado de que no faltaba ninguna, se puso en camino para Damasco con los pastores y los rebaños.

Dejólos fuera de la ciudad, y entró en ella en busca de su hermano, á quien halló sentado delante de un café del bazar. Fuése derecho á él; pero este se volvió indignado, y no le costó á Chatti poco trabajo hacerse escuchar y sobre todo persuadirle de que sus carneros le aguardaban fuera de las puertas, pues temia una nueva asechanza y no queria seguir al beduino. En fin, convencido en vista de sus rebaños, se echó en los brazos de Chatti, y despues de haberle manifestado toda su gratitud, pro-

curó en vano hacerle aceptar una recompensa proporcionada á tamaño servicio; el beduino nunca quiso recibir mas que un par de botas y un *café* (pañuelo), que valia á lo mas un talarí, y despues de haber comido con su amigo se volvió á su tribu.

Nuestra primer entrevista con el Drayhy fué verdaderamente patética; él mismo vino, con los principales de su tribu, á buscarnos á la aldea de Nabek, y nos llevó, por decirlo así, en triunfo al campamento: en el camino nos contó las guerras que habia sostenido en Samarcanda, y la dicha que habia tenido de vencer á cuatro de las tribus (1) y de reducirlas luego á firmar el tratado. Era muy importante haber separado á tiempo á aquellas tribus de la alianza de los wahabi, de quienes eran tributarias, porque corrian voces de que nuestros enemigos preparaban un formidable ejército y esperaban señorearse de toda la Siria. Poco despues supimos que aquel ejército estaba en marcha, y que por todas partes iba sembrando terror y estragos.

Envió orden el Bajá de Damasco á los gobernadores de Homs y de Hama para que estuviesen sobre las armas dia y noche y preparasen sus tropas

(1) La tribu El Krassa, caudillo Zahauran Ebn Houad; la tribu El Mahalac, caudillo Nabac Ebn Habeb; la tribu El Merakrt, caudillo Rondan Ebn Abeb; en fin, la tribu El Zeker, caudillo Metlac Ebn Fayhan.

al combate. Los habitantes corrian hácia la costa, huyendo de los sanguinarios Wahabi, cuyo nombre solo bastaba para hacerles abandonar sus hogares.

Recibió el Drayhy una invitacion del bajá para pasar á Damasco á conferenciar con él; pero temiendo alguna traicion, se escusó, so pretexto de no poder dejar su puesto en aquel crítico instante, y le pidió algunas tropas como auxiliares, esperando poder con ellas hacer cara al enemigo. Mientras llegaba aquel refuerzo, hizo el Drayhy anunciar solemnemente la guerra, segun la costumbre de los beduinos en las grandes ocasiones, y he aquí como: eligióse una camella blanca, que tiznaron enteramente con olin y aceite; pusieronle un ronزال de cerda negra, é hicieron que montase en ella una doncella vestida de negro, con la cara y las manos igualmente tiznadas. Diez hombres la condujeron de tribu en tribu, y al llegar á cada una de ellas gritaban tres veces:

—“¡Refuerzo! ¡Refuerzo! ¡Refuerzo! ¡Quién de  
“vosotros blanqueará esta camella? Un peda-  
“zo de la tienda del Drayhy amenaza ruina;  
“¡acudid, acudid, grandes y generosos defensores!  
“El wahabi va á llegar, y os robará vuestros alia-  
“dos y vuestros hermanos; vosotros todos los que  
“me oís, dirigid vuestras oraciones á los profetas  
“Mahoma y Alí, el primero y el último.”

Esto diciendo, distribuia puñados de cerda negra, y cartas del Drayhy que indicaban el punto de reunion en las orillas del Oronte. En poco tiempo se reforzó nuestro campamento con treinta tribus reunidas en una misma llanura; las cuerdas de las tiendas se rozaban unas con otras.

Envió el bajá de Damasco a Hama seis mil hombres al mando de su sobrino Ibrahim Bajá, para esperar allí otras tropas que debian aprontar los bajás de Acre y Alepo: Acababan apenas de reunirse, cuando se supo la llegada de los wahabi a Palmira, por los habitantes que acudian a refugiarse en Hama; Ibrahim Bajá escribió al Drayhy, que pasó á verle y concertaron juntos su plan de defensa. El Drayhy, que me habia llevado consigo como consejero, me comunicó sus convenios, y yo le hice observar que el que reunia a los beduinos y a los turcos en un solo campamento era muy peligroso; por no tener estos últimos, en el momento de la pelea, ningun medio de distinguir a sus amigos de sus enemigos. Con efecto, todos los beduinos, igualmente vestidos, no se reconocen entre sí en los encuentros, mas que por sus gritos de guerra: cada tribu repite continuamente el suyo: Khrail Allia Doualli, Khrail el Biouda Hassny, Krail el Hamro Daffir, &c. Krail significa ginete; Allia, Biouda, Hamra, indican el color de alguna yegua favorita; Doualli, Hassny, Daffiry, son

los nombres de la tribu, es como si dijese: *Ginete de la yegua torda de Daffir, &c.* Otros invocan a su hermana ó a alguna otra hermosura, así el grito de guerra del Drayhy es Ana Akhron Rabda: yo, el hermano de Rabda; el de Mehanna: yo el hermano de Tiouda; uno y otro tienen hermanas célebres por su belleza. Los beduinos dan suma importancia a su grito de guerra, y tratarian de cobarde al que no se atreviese a pronunciar el suyo en el momento del peligro. Conoció el Drayhy la fuerza de mis razones, é hizo consentir, aunque con dificultad, a Ibrahim Bajá en una division de sus fuerzas.

Al dia siguiente volvimos al campamento, seguidos del ejército musulman, compuesto de dalatis, de albaneses, de mogrebinos, de houaras y de árabes, en número total de quince mil hombres, provistos de cañones, morteros y bombas, y levantaron sus tiendas á media hora de las nuestras; la arrogancia de su porte, la variedad y riqueza de sus trages, sus bauderas, formaban un cuadro magnífico; pero á pesar de su bizarra apariencia, los beduinos se burlaban de ellos, y decian que serian los primeros en huir.

En la tarde del segundo dia, vimos, por la parte del desierto, una gran polvareda que se estendia como una densa niebla hasta cuanto alcanzaba la vista; poco á poco se disipó aquella nube, y vimos aparecer el ejército enemigo.

En aquella ocasion llevaban sus mugeres, sus hijos y sus rebaños. Establecieron su campamento á una hora del nuestro, y se componia de cincuenta tribus, que formaban un total de 75,000 tiendas; al rededor de cada una estaban atados numerosos camellos y carneros, que unidos á los caballos y á los guerreros, formaban una muchedumbre formidable; tanto, que atemorizado Ibrahim-Bajá envió à toda prisa à llamar al Drayhy, quien despues de haberle dado algun ánimo, volvió al campamento á mandar hacer las trincheras necesarias. A este fin reunieron todos los camellos, los amarraron unos á otros por las rodillas y los dispusieron en dos hileras delante de las tiendas: para completar aquel baluarte, se abrió un foso detras de ellos. Lo mismo hizo por su parte el enemigo, y en seguida mandó el Drayhy preparar el Hatfé.

Hé aquí en qué consiste esta singular ceremonia. Se elige la mas hermosa de las doncellas entre los beduinos, y se la coloca en un handag ricamente engalanado, puesto en una gran camella blanca. La eleccion de la doncella que debe ocupar este puesto honroso, pero arriesgado, es muy importante, porque casi siempre depende de ella el écsito de la batalla;—colocada en frente del enemigo, rodeada de la flor de los guerreros, debe escitarlos á la lid; la accion principal pasa siempre al rededor de ella y la defienden prodigios de valor. Todo se perde-

ria si el Hatfé cayera en poder del enemigo; así es que para evitar esta desgracia, debe siempre rodearle la mitad del ejército; los guerreros se suceden en aquel punto, donde es mas reñido el combate, y todos van á beber el entusiasmo en sus miradas. Una doncella, llamada Arkié, que reunia en alto grado el valor, la elocuencia y la hermosura, fué elegida por el Hatfé; tambien el enemigo preparó el suyo, y poco despues empezó la batalla. Los wahabi se dividieron en dos cuerpos; el primero y mas considerable, mandado por Abdalla Hedál, su general en gefe, estaba delante de nosotros; el segundo al mando de Abó Nocta, hacia frente á los turcos. El caracter de estos y su modo de pelear son diametralmente opuestos á los beduinos: el beduino, prudente y muy sereno, empieza con suma cachaza; luego va animándose poco á poco, y pronto se enfurece y es irresistible. El turco, por el contrario, orgulloso y arrogante, arremete con ímpetu al enemigo y cree que no tiene que hacer mas que presentarse para vencer, con lo que toda la fuerza se le va en la primera embestida.

El bajá Ibrahim, viendo a los wahabi atacar friamente, se creyó bastante fuerte para dispersar él solo su ejército entero; pero antes del anochecer aprendió á sus espensas á respetar á su adversario, pues tuvo que replegar sus tropas y dejarnos todo el peso de la accion.

La noche puso fin al combate; pero por ambas partes hubo gran mortandad.

El día siguiente recibimos un refuerzo con la llegada de la tribu El Hadidi, compuesta de cuatro mil hombres, todos montados en borricos y armados con fusiles. Hecha la cuenta de nuestras fuerzas, resultó que ascendían á ochenta mil hombres, y como los Wahabi tenían ciento cincuenta mil, el combate del día siguiente les fué favorable, y la fama de nuestra derrota, ecsagerada como sucede siempre en semejante caso, se extendió por Hama y atemorizó a sus habitantes. Al otro día ya se les pasó el susto, y por espacio de veinte días pusieron a prueba nuestra constancia, continuas alternativas de buena y mala fortuna. Cada día eran mas terribles los combates; el décimo quinto tuvimos que luchar con un enemigo mas temible que los wahabi,—el hambre. La ciudad de Hama, la única que podia suministrar víveres a ambos ejércitos, se agotaba ú ocultaba sus recursos; los turcos huían; nuestros aliados se dispersaban para no morir de hambre; los camellos que formaban el baluarte del campamento, se devoraban unos a otros. En medio de aquellas calamidades, no flaqueó un momento el valor de Arkié; nuestros mas denodados guerreros se dejaban matar a su lado, y ella no cesaba de animarlos, de escitarlos y de aplaudir sus esfuerzos; alentaba a los viejos alabando su va-

lor y experiencia, y a los mozos prometiéndoles casarse con el que le entregase la cabeza de Addalla el Hedal. Como yo estaba siempre junto a su handag, veía a todos los guerreros presentarse a ella para obtener algun estímulo, y abalanzarse en seguida a la pelea, entusiasmados por su elocuencia. Confieso que prefería oír sus cumplimientos a recibirlos, porque casi siempre eran los precursores de la muerte. Un día ví a un gallardo mancebo, uno de nuestros mas valerosos ginetes, presentarse delante del hándag:

“¡Oh Arkié! exclamó ¡oh la mas hermosa entre las hermosas, déjame ver tu rostro; pues voy á pelear por tí!”

Arkié le respondió:

“Aquí me tienes, ¡oh el mas valiente entre los valientes! Ya sabes que mi precio es la cabeza de Abdalla.”

El jóven blandió su lanza, aguija à su caballo y se precipita en medio de los enemigos: antes de dos horas, ya habia sucumbido, cubierto de heridas.

“Dios os conserve! dije á Arkié, el valiente ha perecido.

“No es él el solo que no ha vuelto,” respondió la doncella tristemente.

En aquel momento se presentó un guerrero armado de piés á cabeza; hasta sus botas estaban